



Ningún lugar sagrado: monólogo terapéutico e instancia violenta

Cristian Secul Giusti

Resumen: Este artículo realiza un breve abordaje en relación a la vinculación entre texto, contexto y autor que se encuentra presente en el relato “Ningún lugar sagrado”, publicado en 1998 y escrito por el literato y traductor guatemalteco Rodrigo Rey Rosa.

“Ningún lugar sagrado” cobra especial importancia porque resalta una problemática existente vinculado con la historia de los exiliados de países latinoamericanos que deben huir de su tierra por cuestiones políticas o por avatares económicos. En este sentido, Rey Rosa señala diferentes vertientes de la situación política de Guatemala, arrasada por una guerra civil durante cuarenta años y contenida hasta cierto punto por un débil contrato de paz alcanzado en 1996.

Dicho cuento entonces advierte una construcción narrativa desde el monólogo, desarrollando así acciones y enunciaciones de ruptura, sin posibilidad de continuación fortuita y con constantes contramarchas. La constitución del marco monologal (que no solamente postula como interlocutor al propio personaje, sino también a su interlocutor) se constituye en relación a una relación terapéutica que se divide en sesiones, se advierte por separaciones en punto y aparte y por gruesos bloques articulados por puntos seguidos.

Palabras claves: Guatemala - Nueva York - guerra civil – violencia.

Rodrigo Rey Rosa es un escritor y traductor guatemalteco que se ha desempeñado como periodista y cineasta en Nueva York, Marruecos y países de Europa. Entre sus novelas se destacan “El cojo bueno” (1996) y “Piedras encantadas” (2001), mientras que sus cuentos, textos breves o micro-relatos podemos señalar “El cuchillo del mendigo” (1992) o “Ningún lugar sagrado” (1998).

Este último trabajo se destaca por darle nombre al libro de cuentos de su autoría, pero también por ser un relato que atraviesa las situaciones políticas complejas y críticas que



azotaron a Guatemala durante la segunda mitad del Siglo XX y, sobre todo, durante el transcurso turbulento de la década del 90.

Es posible advertir entonces un puñado de historias situadas en Nueva York que ponen especial atención en las zonas marginales, habilitando la aparición de parias y asesinos, y también ciertos recuerdos de una Guatemala violenta e impasible. En función de ello, Rey Rosa realiza un interesante contrapunto entre las violencias y soledades de la Gran Metrópoli y la propia ciudad capital de Guatemala.

El detalle escandaloso y violento del país centroamericano, como espacio de trayectoria y de enunciación en los relatos, se relaciona con una guerra civil que comenzó hacia finales de la década del cincuenta y concluyó, en términos específicos, en 1996, dejando una cantidad de muertos que podría encuadrarse en el marco de un Genocidio.

La guerra civil de Guatemala se desarrolló especialmente en el marco de la Guerra Fría entre Estados Unidos y la extinta Unión Soviética (URSS). La pobreza a grandes escalas, la corrupción en las instituciones públicas y la militarización del país admitieron el surgimiento de agrupaciones armadas que luchaban por un país sin desigualdades sociales. En ese tiempo, más de doscientas mil personas fueron exterminadas; más de seiscientas masacres fueron documentadas en memos y cartas privadas (e internas); cuarenta y cinco mil personas continúan desaparecidas aún hoy; más de cuatrocientas aldeas de pueblos originarios fueron destruidas progresivamente, y un millón de personas se vieron obligadas a desplazarse de sus hogares.

Rey Rosa, en su construcción como autor, no estuvo ajeno a esta situación y guerra civil lo empujó al exilio. A partir de ello, pasó largas temporadas en Estados Unidos, asentándose en Nueva York, ciudad que presentaba una situación dual: le permitió encontrar un lugar multicultural y también lo obligó a convivir con una perspectiva anti-inmigratoria -muy propia de la era republicana de Ronald Reagan y George Bush (padre)-.

¿Clínica de la doctora Rivers?

En los nueve cuentos que diagraman las líneas de Ningún lugar sagrado hay relatos de crímenes e historias de personas que sufren en la calle. Se advierten vagabundos que empobrecen



su andar a medida que el paso del tiempo los deteriora; inmigrantes que padecen la indiferencia; fanáticos religiosos que tratan de conservar sus aspectos más personales en un ambiente norteamericano abrasivo o riguroso; y diferentes ecos de la violencia política en un contexto de globalización forzosamente impuesta.

Sin dudas, el autor cuenta historias encarnadas en personajes individuales que revelan características de la sociedad a la que pertenecen. La elección, en ciertos cuentos, de apelar al registro de cartas o monólogos puede poner al lector en el lugar de destinatario, permanentemente interpelado por esa segunda persona que se utiliza para dirigirse a otro personaje pero que, finalmente, se lanza sobre quien lee.

Los personajes de los cuentos son un joven con delirios religiosos que vaga por la ciudad con una gallina al hombro -el mendigo apodado “El chef”-; una nena de ocho años que, sabiendo que le quedan pocos días de vida, le pide a su padre que le explique qué es el sexo; un condenado a muerte con la idea de suicidio asistido como solución para abaratar costos del sistema carcelario; la hija de un empresario corrupto y un grupo de poetas que a partir de sus conflictos y miserias conjuran una trama policial; y, por último, la historia de un refugiado a través del cual se cuenta el horror de la violencia y persecución política en Guatemala.

Este último relato, titulado “Ningún lugar sagrado”, se destaca entre los otros porque se construye a partir de un monólogo terapéutico en el que se aprecia el desarrollo contextual de Guatemala y la convivencia norteamericana, desde la vista de un exiliado. El protagonista principal actúa como un primordial enlace de historias que lo vinculan con su terapeuta, la misteriosa “Doctora Rivers”, quién solo aparece a instancias de la enunciación del relator. Del mismo modo, el relato se desenvuelve también a partir de otra señalización misteriosa que se relaciona directamente con el protagonista, quien no es nombrado ni apodado, sino destacado a partir de su propia trayectoria de vida.

En función de este marco, se aprecia la construcción narrativa del relato: el desarrollo de acciones se realiza y se expone en virtud del punto seguido, repetido hasta el hartazgo y marcado en relación con el propósito de generar una enunciación entrecortada, sin posibilidad de continuación fortuita y con constantes contramarchas.



Sobre este punto, el cuento cobra importancia porque resalta una problemática existente vinculada con la historia de los exiliados de países latinoamericanos que deben huir de su tierra por cuestiones políticas o por transformaciones económicas inexorables.

En este sentido, Rey Rosa utiliza el estilo monologal (que no solamente postula como interlocutor al propio personaje, sino también a su interlocutor) con el objeto de señalar diferentes vertientes que pueden atravesar y afectar a los sujetos que padecen el exilio y deben sobreponerse a las dificultades que atañe. La constitución del marco monologal se constituye en relación a los días y a las diferentes sesiones que se proponen por separaciones en punto y aparte. En tanto, cada monólogo se construye por bloques de puntos seguidos que van nutriendo la historia y van interrumpiendo el desarrollo de acciones.

No suelo ser muy hablador, ¿sabe?

A partir de su presentación como cineasta, el protagonista principal logra comunicarle a la “doctora Rivers” (la terapeuta que eligió para contarle su vida y sus avatares), las principales dudas que lo conmueven, los miedos que lo atormentan y las vivencias pocas veces exitosas en un país que le es ajeno. En consecuencia, el personaje destaca que nació en un lugar selvático, muy propio del paisaje guatemalteco y se posiciona como un hombre amante de la vida, la vegetación y las condiciones naturales: “En Guatemala. Yo soy de allá. El Petén. Es un lugar maravilloso. ¿Ha estado en la selva?” (Rey Rosa, 1998: 69).

A estas instancias, la situación de exilio se aprecia desde el primer momento, puesto que el protagonista especifica la frágil convivencia que le impone el espacio idiomático. Por esto mismo, se pregunta por la posible barrera que genera el idioma castellano que lo envuelve y también de su enfado al escucharse hablando en inglés: no encuentra identificación ni tampoco puede generar una conversación fluida porque los contextos de construcción colectiva se aprecian de un modo diferente en Nueva York, lugar en el que reside.

Del mismo modo, destaca el impacto que le genera el escenario multicultural de Nueva York, hacia la década del 90, debido a que lo interpela desde su formación históricamente vinculada con los aspectos religiosos, los enlaces sincréticos y las distintas características de la cultura popular que convivían en



Guatemala: “Ya no creo en nada de eso, ni en ella (la virgen), ni en su hijo ni en Dios (...) Así fui hecho, y probablemente así voy a morir. Lleno de supersticiones” (Rey Rosa, 1998: 71).

En consecuencia, presenta una constante representación en torno a su hombría, destacándola desde un lugar de “macho”, pero también en relación a una decisión hipócrita de la sociedad a medida que avanza en su relato. De hecho, abre opciones ambiguas y contradictorias: “Pero yo no soy homosexual, doctora (...) A lo más, con un travesti. Pero no sé, era realmente femenino. Ah, sí, de adolescente, otro chico un año o dos menor que yo me la chupó. Doce. ¿Yo a él? No. Habíamos hecho una apuesta” (Rey Rosa, 1998: 72).

Culpable. Hipócrita. Hasta el jueves, doctora

A partir de esta introspección que posiciona al protagonista en un lugar de inestabilidad, se insinúa que la política, como temática, se inmiscuye en el marco del monólogo y establece un escenario de violencia, desconcierto y desigualdad en la Guatemala que lo vio crecer: “No se vaya a ofender, pero creo que los norteamericanos tienen una asquerosa política exterior. Han hecho, siguen y mientras puedan seguirían haciendo atrocidades. Lo sé, por Guatemala” (Rey Rosa, 1998: 73).

Por lo tanto, este espacio permite que el protagonista se expone sobre el asunto específico de su país, atravesado, como se dijo inicialmente, por una Guerra Civil que deterioró y arruinó severamente distintos sectores de la sociedad guatemalteca, desde lo económico, hasta lo político y social. Y en este sentido, Estados Unidos contribuyó a menoscabar las esperanzas de paz y la conclusión de un enfrentamiento que se desarrolló durante cuarenta años:

Ellos, ustedes, han financiado, planeado, supervisado, las famosas matanzas de indios, de estudiantes, de izquierdistas en los últimos treinta años. No sólo han dado las armas, han fundado las escuelas donde han sido formados los dictadores, los especialistas, los asesinos y torturadores que han hecho todas esas barbaridades. Claro que no quiero decir que todos sean igualmente culpables. La prensa los tiene desinformados, es cierto, pero también es cierto que a muy poca gente aquí lo que ocurre verdaderamente allá (Rey Rosa, 1998: 73)



De acuerdo con ello, el contexto guatemalteco es lo que más se aprecia y domina el relato porque admite una situación de insatisfacción en el protagonista, quien dice no odiar a los norteamericanos, pero también los entiende partícipes del dolor que lo empujó coexistir en un ambiente sinuoso como el norteamericano. Los acuerdos de paz que alcanzó Guatemala hacia finales de 1996 son expuestos por el protagonista desde una narrativa de tensión y de desconfianza: “Sí, se ha firmado la paz, pero no existen garantías. No sé si usted ha seguido las noticias, pero hace poco la Revista *Newsweek* y *CNN* hablaban de un asesinato ocurrido allá” (Rey Rosa, 1998: 75).

En virtud de lo expuesto, este evento ocurrido en una escena de supuesta paz en Guatemala, permite que el monólogo frenético del personaje principal se discontinúe y tome ribetes personales (mencionando el activismo de su hermana, el asesinato político de su padre hasta la insinuación sexual con la doctora Rivers). En tanto, la historia se centraliza en el asesinato ocurrido en tiempos de paz y lo encuadra como un lugar para remarcar que la violencia continúa firme y tajante en su país: “Mataron a un obispo, un monseñor que había dirigido un trabajo importantísimo acerca de los últimos años de la guerra. El gobierno dijo que seguramente se trabaja de un crimen común, pero nadie lo tomó en serio” (Rey Rosa, 1998: 76).

Consideraciones finales

Para concluir, vale sostener que la literatura del guatemalteco Rodrigo Rey Rosa se especializa en crear mundos paralelos, puesto que proponen logros artísticos y exponen las situaciones de incomunicación, violencia y muerte.

En el caso específico de este relato, como se dijo, la preocupación por Guatemala resulta evidente y hasta coloca en crisis la situación de paz alcanzada hacia 1996. En este sentido, la presencia del personaje principal y, sobre todo, su enunciación articulada en monólogo, permite advertir una decisión de supervivencia ante la violencia.

Del mismo modo, el autor resalta cierta hipocresía social en relación a la unidad y la integración latinoamericana en los Estados Unidos o, específicamente, en la Nueva York de las luces zigzagueantes. En este sentido, Rey Rosa se postula como un artista crítico que enlaza su situación de autor para

fusionarla en una enunciación contextual que precisa revisión y escritura constante.

Bibliografía

- Rey Rosa, Rodrigo (1998). *Ningún lugar sagrado*. Barcelona: Seix Barral – Biblioteca Breve.
- Rivas, Edelberto (2006). “Guatemala: desarrollo, democracia y los acuerdos de paz”. En *Revista Centroamericana de Ciencias Sociales (RCCS)*, 3 (2), México. 11-48.